

FILOSOFÍA DEL PAISAJE Y LA BELLEZA NATURAL EN KANT

*Juan Carlos Mansur Garda**

RESUMEN: Para Kant, la contemplación de la belleza natural no solo nos libera de un espíritu utilitario y de explotación, sino que nos eleva como seres humanos a las regiones del sentimiento, en que se vive de forma libre y desinteresada la contemplación de la naturaleza y su respeto. Contemplar la naturaleza bella y preservarla contribuye a humanizarnos, por la libertad que desarrollamos a través de la contemplación, el sentido de vida que nos proporciona la contemplación de la naturaleza bella, la sociabilidad que desarrollamos a través del gusto y el despertar moral que procede de la contemplación de la belleza natural.



PHILOSOPHY OF LANDSCAPE AND NATURAL BEAUTY IN KANT

ABSTRACT: For Kant, the contemplation of natural beauty not only frees us from a utilitarian spirit and exploitation, but it elevates us as human beings to regions of feelings, in which the contemplation of nature and its respect is lived freely and disinterestedly. Contemplating the beauty in nature and preserving it contributes to humanizing us, thanks to the freedom that we develop through contemplation, the meaning of life that contemplation of beautiful nature provides us, the sociability that we develop through taste and the moral awakening that comes from contemplating natural beauty.

PALABRAS CLAVE: contemplación, libertad, moral.

KEY WORDS: contemplation, freedom, morality.

RECEPCIÓN: 18 de marzo de 2024.

APROBACIÓN: 22 de marzo de 2024.

DOI: 10.5347/01856383.0149.000312966

* Departamento Académico de Estudios Generales, ITAM.

Se prohíbe su reproducción total o parcial por cualquier medio, incluido electrónico, sin permiso previo y por escrito de los editores.

FILOSOFÍA DEL PAISAJE Y LA BELLEZA NATURAL EN KANT

La destrucción de la naturaleza y del sentido estético de la vida

A trescientos años del nacimiento de Kant, merece la pena recordar su pensamiento y la trascendencia que han tenido sus enseñanzas. Prácticamente todos los ámbitos de la filosofía han quedado marcados por el pensamiento kantiano: teoría del conocimiento, filosofía de la ciencia, filosofía del derecho, ética, metafísica. En todos estos ámbitos, Kant marcó una honda huella. El campo de la filosofía de lo bello y lo sublime y del arte también recibió una honda impronta de su visión. ¿Qué podría decirnos hoy la filosofía de la belleza de Kant? En las siguientes páginas abordamos la visión kantiana de la belleza, pero desde un punto de vista en particular: la filosofía del paisaje o de la belleza natural, un tema de gran relevancia cuando la destrucción humana de la naturaleza ha seguido en aumento. ¿Qué importancia tiene la naturaleza bella y su contemplación a los ojos de Kant?

La destrucción de la naturaleza por la mano del hombre ha sucedido en distintas épocas de la historia. Por lo que respecta a nuestra época actual, los orígenes de la destrucción del medio ambiente se remontan, según Mumford, a 1750, con la aparición de la Paleotécnica, que concluye en 1900, aunque sus estragos se siguen viendo. Es una época que

generó una sobreexplotación de la naturaleza. La causa de esta sobreexplotación y ecocidios no está únicamente en la nueva tecnología ni en la forma de producir, sino en los motivos que impulsaron esta Revolución Industrial. En este nuevo periodo, el interés del hombre sufrió una transmutación radical y pasó de los valores de la vida a los valores pecuniarios. Ya no bastaba que la industria proporcionara medios para vivir, sino que ahora buscaba crear una fortuna independiente, lo que trastocó el sentido mismo de la vida. El trabajo se convirtió en el fin primordial de la vida, y no ya un medio de subsistencia y dignidad. De buscar una mejor “calidad de vida”, se pasó a la “cuantificación de la vida” misma,¹ con todos sus instrumentos de medición, en la que el éxito, medido en términos de acumulación y sobre todo beneficio material y pecuniario, fue el criterio de “medición” de la vida misma. Esta transformación del ser humano y sus intereses ocasionó una transformación de las fuentes de energía, los materiales de trabajo y los objetivos sociales. Esta aparición del *Homo economicus* (o su desvirtuación) es la causa de la destrucción del medio ambiente.

158 | La transmutación de los valores de la vida en este periodo marcó la pauta de su desarrollo y la destrucción del medio ambiente: “este periodo quedó señalado en todo el mundo occidental por la extendida alteración y destrucción del ambiente”, afirma Mumford.² La industria paleotécnica y “la fiebre de la explotación” que la motivó alcanzó escalas nunca vistas en la industria minera, la extracción de oro, hierro, cobre, petróleo y diamantes. Movidos por la fiebre del aprovechamiento y la acumulación se llegó incluso a explotar las granjas, los bosques y las selvas. De esta época viene el incremento inédito de la contaminación del medio ambiente por la industria química, las fábricas de soda, amoníaco y cemento, entre tantos productos químicos que ensuciaron el aire, lo mismo que arroyos y ríos, como el Támesis, el río Chicago y tantos otros. El panorama era desolador y parecía no tener fin: la fascinación por el conocimiento del poder que pueden tener las nuevas máquinas y el mandato de incrementar la riqueza y las ganancias como forma de progreso

¹ Lewis Mumford, *Técnica y civilización* (Madrid: Alianza, 1971), 171.

² *Ibid.*, 188.

y felicidad explican por qué no había interés en detener estas actividades. La humanidad vivía un delirio de poder, o como diría Mumford, “se comportó como un heredero borracho en una juerga”.³

Relacionada con la destrucción de la naturaleza, hay que señalar la destrucción del propio ser humano. La Revolución Industrial se caracteriza también por la degradación del trabajador. “Los seres humanos se trataban con la misma brutalidad que el paisaje”,⁴ dice Mumford. Se creó una industria en la que no se conocía más que el trabajo, lo que se tradujo en la explotación y la privación de los derechos civiles de los obreros, hombres, mujeres e incluso niños. De la misma manera en que la ceguera del espíritu de dominio y cuantificación llevó al abuso de la naturaleza y su explotación irracional, se dio un espíritu de explotación del ser humano. Este ánimo, al que se sumaron el colonialismo y la esclavitud, muestra por qué Kant enarboló la proclama por la dignidad del ser humano y una ética que se deslindara de recompensas y castigos, en la que el ser humano fuera tratado como un fin y no como un medio.

Hablemos un poco más de esta pérdida de dignidad del ser humano, quien terminó castrando su habilidad, entró en la miseria, suprimió todas las ocupaciones y fue degradado a una destrucción de la educación. La degradación del ser humano lo embruteció en todos los ámbitos de su vida: en su dimensión estética, religiosa, social, moral, física, etc. Kant dice que el ser humano fue empobreciéndose para actividades como el arte y los juegos, y se degradaron los valores religiosos y culturales.

El problema era complejo, puesto que la sociedad misma estaba enferma y empobrecida en su vida espiritual. Esta esclavitud del trabajo la tenía también el patrón, no era exclusiva del empleado, pues era resultado de una nueva clase social, “el hombre económico”, que ya era más parecido a una máquina y sacrificaba en aras del trabajo y los beneficios económicos, la digestión, los intereses paternales, la vida sexual, la salud, la mayoría de los placeres y las delicias normales de la existencia civilizada. “Nada los detenía; nada los distraía [...] excepto finalmente el darse cuenta de que tenían más dinero del que podían gastar,

³ *Ibid.*, 178.

⁴ *Ibid.*, 191.

y más poder del que inteligentemente podían ejercer. Entonces llegaba el arrepentimiento tardío”.⁵

Algo que llama la atención en lo que menciona Mumford, es que esta actitud de la era Paleotécnica tiene un mismo impacto sobre la naturaleza que sobre los seres humanos, esto es, se daba una relación de degradación del trabajador y el empresario a sí mismo, aparejada a la destrucción del paisaje que ocasionó una degradación de los sentidos y las mentes: “A la degradación de los sentidos acompañó una degradación general de las mentes”.⁶ Una visión de mundo y de vida que generó una degradación moral en la sociedad, lo mismo que la destrucción de la contemplación estética y el deterioro de las formas de vida, la calidad estética del paisaje urbano y también del paisaje natural. El ser humano perdió poco a poco el sentido del cuidado de sí mismo, del gusto moral y de la perfección, lo mismo que el sentido del gusto.

Esta destrucción del medio ambiente y del ser humano no son historia pasada, al contrario, muestran que la época Paleotécnica dista mucho de ver su fin. Mumford advierte que aun cuando estamos en la fase Neotécnica, en que usamos una nueva energía, la Paleotécnica sigue intacta y predomina esa tendencia antivital que está en el origen de la máquina: “en esta persistencia de prácticas paleotécnicas es evidente el sesgo antivital de la máquina: belicosa, centrada en el dinero, refrenadora de la vida, seguimos adorando las divinidades gemelas Mammón y Moloch, por no hablar de dioses triviales más terriblemente salvajes”.⁷ El autor afirma que vivimos en una pseudomorfosis cultural, en la que a pesar de emplear una tecnología diferente a la paleotécnica, la ciudad, la empresa, la industria y la vida misma siguen sufriendo “desorganización, depravación y barbarie”.⁸ Son afirmaciones de hace casi cien años, pero que muestran una perennidad en un mundo que no ha terminado por encontrar el camino del cuidado y la preservación de la naturaleza, así como de exaltación de la dignidad del ser humano en el trabajo y la sociedad.

⁵ *Ibid.*, 196.

⁶ *Ibid.*, 199-200.

⁷ *Ibid.*, 284.

⁸ *Ibid.*, 286.

Paradójicamente, mientras la Paleotécnica inició con una explotación irracional sobre la naturaleza, también tuvo grandes frutos la reflexión sobre la belleza, la naturaleza y los jardines. Kant fue uno de estos pensadores que dio un gran aporte a la filosofía de la belleza natural lo mismo que a la dignidad del ser humano. Esta reflexión sobre la belleza permite a Kant hablar de las bondades que guarda el paisaje en la formación de la persona, de ahí la importancia también de mostrar un cuidado y respeto por el paisaje natural, y la reflexión sobre la belleza natural invita a verla como algo más que un bien de consumo, explotable o dominable por la técnica y abrirnos a ella con desinterés contemplativo. En las siguientes páginas veremos cómo la propuesta filosófica de Kant sobre la naturaleza bella puede ser un camino para fortalecer la dignidad del ser humano y de la naturaleza mediante la contemplación del paisaje bello.

Kant y su admiración por la belleza de la naturaleza

La filosofía de la belleza de Kant está orientada desde sus orígenes a reflexionar principalmente sobre el paisaje natural y sus formas bellas y sublimes. Esto lo podemos apreciar ya en los escritos de su primera etapa, los escritos precríticos, en los que se aprecia la admiración por la perfección, el orden y la belleza de la naturaleza. Kant afirma que es tan poderosa la admiración que sentimos al contemplar la belleza natural, que pareciera ser una cualidad objetiva, como si se tratara de una perfección que nos revelara como son en sí los designios de Dios sobre la naturaleza. El aprecio que tiene Kant por la belleza del paisaje natural permanece en el periodo crítico, que inicia con la *Crítica de la razón pura* (1781); sin embargo, las referencias explícitas a la belleza en general y a la belleza de la naturaleza no aparecerán sino hasta la publicación de la *Crítica del juicio* (1790), en la que Kant, a sus sesenta y seis años, vuelve a su antigua concepción de la relación de la belleza y la finalidad y reflexiona también sobre la relación entre la belleza y la perfección. En esta obra Kant aborda el tema de la finalidad y su relación con el juicio de gusto y la finalidad y el juicio teleológico. La obra

es una explicación de por qué el juicio de gusto tiene cabida en su sistema filosófico, lo que da un lugar a la belleza en la filosofía crítica, en la que la naturaleza cumple un papel especial.

En el periodo crítico, Kant no modificó su admiración por la naturaleza bella, pero centró su interés en indagar qué es el juicio de gusto y cuáles son los principios *a priori* cuando afirmamos que algo es bello. Aun cuando el apartado que dedica a la belleza es extremadamente técnico y se ocupa de aspectos sumamente teóricos, no debe pensarse que en esas páginas no se habla de la riqueza que encierra la contemplación de la belleza natural, de las formas naturales bellas e incluso de las que sobrepasan lo bello y entran en los juicios de lo sublime. Gracias a estas reflexiones que profundizan en el papel que tiene la subjetividad del contemplador de la belleza, Kant deriva reflexiones sobre la libertad del contemplador, su preferencia por la naturaleza bella y cómo la belleza natural estimula sentimientos morales.

La contemplación, la vida interior, el sentimiento y la belleza

162 Kant funda en la tercera *Crítica* una nueva dimensión del ser humano con la que se puede aproximar al mundo: la vida del sentimiento. Se trata de una esfera especial de la intimidad del sujeto que ordena el mundo desde el “placer y dolor” y lo convierte en un mundo bello. Gracias a la facultad del espíritu del placer y dolor y a la facultad de juzgar o discernir, los seres humanos ordenamos la experiencia sensible y percibimos las cosas como bellas. Esta vivencia desde el mundo de los sentimientos es una región nueva en la filosofía crítica de Kant, que le permite afirmar que es posible “sentir” el mundo y abrirnos al paisaje y su belleza.

Normalmente cuando se habla de la filosofía del gusto de Kant, sigue —como es de esperarse— la explicación que hace el propio filósofo en la analítica de lo bello, a saber, la del juicio de lo bello como distinto de otros juicios y otras experiencias, como el agrado, el conocimiento y la moral. Nuestro sentimiento por lo bello está desligado del cono-

cimiento científico y del bien moral, lo mismo que del sentimiento de agrado. No en vano se reconoce a Kant como el filósofo que le da una autonomía al gusto, pues subraya que el sentimiento es una región de nuestra intimidad independiente de toda otra forma de experiencia, diferente del agrado o de la vivencia de la verdad o del bien, lo que da a la vida de la conciencia una forma de libertad particular, la experiencia de libertad más libre que puede tener el sujeto.

Kant reconoce que el sentimiento por lo bello es la experiencia más libre que vivimos los seres humanos. No estamos sujetos al deseo de posesión o consumo de las cosas, como podría ser el sentimiento de agrado; tampoco estamos obligados a buscar razón alguna, ni regla o ley natural que explique por qué las cosas que vemos nos parecen bellas, simplemente nos entregamos al placer contemplativo de la naturaleza, y tampoco estamos obligados a referir un sentimiento de lo bello o el orden natural al mandato de un deber o ley moral. En el mundo del sentimiento prescindimos del esfuerzo por querer comprender qué es eso que contemplamos, es decir, no aplicamos fórmulas científicas a lo que vemos. Cuando contemplamos la belleza no tenemos palabras para definir ni agotar lo que sentimos ni por qué algo nos resulta bello. También nos desafanamos de la búsqueda de un deber moral o de seguir ciertas reglas en la contemplación. Esta libertad contemplativa nos libera también de la carga del “deber ser” que a veces imponemos a las cosas o a nuestras propias acciones.⁹ De igual manera, a diferencia de la ley moral, en el sentir no estamos obligados a seguir dictámenes conceptuales: nadie puede dictar e imponer que algo guste, sino que somos nosotros y nuestra intimidad y sentimiento los que decidimos qué gusta o no, porque el sujeto más que obedecer y seguir los cánones sociales, contempla y admira por el sentimiento que le despiertan las formas bellas.

⁹ Sobre este punto, afirma Kant que pensar que juzgamos las cosas como bellas porque así es como “deben” ser, supondría que nos guiamos de acuerdo con un concepto o idea de perfección conforme al cual emparejamos nuestro gusto. Detrás de esta idea de perfección a la que se tienen que amoldar las cosas que juzgamos bellas hay un concepto de finalidad objetiva de lo que las cosas deben ser, y esto es un error en la filosofía de la belleza que debe corregirse, pues si bien es cierto que no hay una relatividad y anarquía del gusto, no se puede afirmar que exista un concepto de lo que las cosas deban ser y una idea de la belleza a la que se tengan que adecuar las cosas que juzgamos bellas. Lo que está en la base de un juicio de gusto es el ejercicio del juicio reflexivo que ordena la diversidad en una unidad “ideal” que nunca podrá ser atrapada bajo conceptos o reglas de unidad.

Vale la pena aventurarnos a reflexionar sobre los alcances de la filosofía de la belleza de Kant, si extendemos esta experiencia de libertad al campo pragmático y a la visión utilitaria y pecuniaria de la era Paleotécnica y la actual. Aun cuando no era el propósito de Kant, su pensamiento puede decir mucho al respecto y ayudará a abrir nuestra reflexión y a devolverle la dignidad a la belleza natural y al ser humano, en una época en que la cuantificación y la utilidad buscan imponerse sobre el sentimiento de vida y de contemplación de lo bello.

Kant afirma que la contemplación de la belleza natural eleva nuestra condición humana más allá del mero impulso biológico, de las necesidades propias de la vida. Más aún, la contemplación de la naturaleza nos libra de esta visión utilitaria de la vida misma, algo que merece valorarse hoy. En un mundo entregado a la velocidad y la vida agitada de las ciudades, la filosofía del gusto de Kant nos invita a encontrar en la belleza del paisaje natural una fuente de humanización mediante la vivencia contemplativa que se logra cuando nos desligamos de las actividades cotidianas, es decir, cuando dejamos los deberes del día y los intereses pragmáticos y utilitarios. Lo único que nos pide la belleza es que nos dejemos sorprender libremente por la belleza de la naturaleza. La contemplación del paisaje natural encierra libertad y salud para el ser humano, porque cuando nos abrimos a la naturaleza para contemplarla, nos desligamos de cualquier interés por la posesión del objeto y nos acercamos a ella para apreciarla libre y desinteresadamente, algo difícil en un mundo donde se privilegian los valores pecuniarios y utilitarios sobre las personas.

La contemplación de la naturaleza en su belleza nos encamina a una libertad que no siempre se logra en la vida de las ciudades, que aunque pueden mostrar belleza en el diseño de su arquitectura o en los aparadores que vemos en las calles, despierta un placer distinto del que se tiene con la belleza natural. Se trata de un placer de encanto y no propiamente del placer de la belleza libre (Kant distingue el desinterés de la belleza libre frente a lo que él llama el interés empírico de lo bello, que es el que normalmente acompaña el arte y el mundo social y cultural, y que no es propiamente una belleza libre, pues está contaminado

por los intereses que surgen de la inclinación social y cultural de nuestro medio ambiente). Como afirma Kant, es un interés “atribuido indirectamente a lo bello por la inclinación a la sociedad y, por tanto, empírico”.¹⁰ Sobre esto vale la pena ampliar la concepción kantiana que toma distancia del placer de encanto que producen ciertas formas que más que propiciar el sentimiento libre y espontáneo del gusto, producen un placer mecánico o un placer de acción-reacción, más próximo al placer de agrado.

Esta capacidad de librarnos del placer de encanto y acercarnos a la contemplación de lo bello es reflejo de una riqueza de la vida íntima de la persona que no se entrega a un mero y burdo estímulo de emociones externas, sino que se dispone a sentir y ejercitar su propio gusto y poner en armonía sus facultades internas para contemplar la belleza y tener una experiencia vital en esta contemplación. Por esto —dice Kant—, habla mejor el hecho de que una persona abandone la sala de una fiesta o reunión y se detenga a contemplar un paisaje como el bosque, el firmamento, las estrellas, etc., porque ahí es donde vive su libertad y no está condicionado por estímulos de agrado mecánicos.

Esta afirmación ahonda en el valor que le concede Kant a la belleza natural, que nos permite ejercitar nuestro juicio de gusto de forma libre y desinteresada, algo que no sucede fácilmente en el mundo social. Volvamos a Mumford y consideremos cómo también para Kant sería muy grave la destrucción del medio ambiente y el paisaje natural en aras de beneficios económicos y materiales, y por lo mismo, para Kant una ciudad que estuviera rodeada de paisaje natural sería benéfica para sus ciudadanos, porque en sus paseos y recorridos contemplativos tendrían las vivencias libres que otorga la contemplación de la belleza y no vivirían presas de los encantos y atractivos que tienen las ciudades, como ocurre hoy con esas ciudades donde proliferan los espacios de agrado y distracción, como centros comerciales y locales que buscan atraer mediante encantos y diseños a consumidores y clientes potenciales, porque de fondo hay en estas formas atractivas el propósito de despertar un placer que encadena o condiciona y cautiva a quien se acerca a verlo,

¹⁰ KU AA 05: 297.

y no tienen otro propósito que generar una reacción de atracción para consumir un producto. Este interés empírico agranda el valor de belleza del objeto —dice Kant—, porque interviene ahí la estima y esto llega a atribuir valores mayores a las cosas. Este placer de encanto tiene en la base un interés, algo que no sucede con la belleza que es contemplación desinteresada.

Kant contrapone el interés empírico de lo bello al interés intelectual de lo bello, que surge de la contemplación desinteresada y que genera un sentimiento no afectado por el mundo cultural del que estamos rodeados ni por ideas previas de lo que las cosas deban ser o por sentimientos de los grupos sociales con los que estamos relacionados. Se trata de un sentimiento que brota de manera autónoma y libre en el sujeto que ha contemplado de forma desinteresada y libre la belleza. Kant, pues, considera que la contemplación de la naturaleza es la que más fácilmente despierta un sentimiento libre y puro del gusto; no tanto así en el arte, que sin ser imposible, es más difícil por su carga cultural y conceptual y el mundo social en el que se desarrolla, que va cargado de muchos intereses. Es por esto que incluso es más partidario de la belleza del jardín inglés, que permite contemplar la naturaleza en su libertad y formas silvestres o no domesticadas, que de la regularidad y simetría que guarda el jardín francés, propia del gusto neoclásico, del cual podemos adivinar fácilmente su geometría y regularidad, y por tanto se deja atrapar por el entendimiento e impulsa a ejercitar el juicio de gusto en toda libertad. Esto es contrario a lo que consideraba Kant en las *Observaciones sobre el sentimiento de lo bello y lo sublime*, en el que Kant admira la jardinería por la regularidad y perfección que tiene, pero luego cambió de opinión en el periodo crítico.

Con todo expuesto se comprende por qué, si quisiéramos determinar la importancia del paisaje y la belleza natural para Kant, ciertamente no pensaríamos en términos contables ni utilitarios, sino en la fuerza humanizadora que tiene la contemplación del paisaje y la naturaleza. Frente a un mundo y una época en la que cada día se pierden hectáreas de áreas naturales, se violan las áreas naturales protegidas, se explota la naturaleza de manera irracional y se degrada en el trabajo y la vida

al ser humano para obtener beneficios económicos, la filosofía de la belleza de Kant devuelve al ser humano la dignidad y la capacidad de contemplación, así como al paisaje natural que requiere ser cuidado y respetado, porque la contemplación por lo bello en su desinterés y liberación de afanes utilitarios, eleva al ser humano y la naturaleza a las regiones de un respeto que es propio de la filosofía del reino de los fines que enarbola Kant. Tres razones son las que podemos exponer aquí.

Lo bello y el sentido de vida

Al explicar que la contemplación de la belleza procede del juicio de finalidad, Kant retoma la tradición filosófica del mundo antiguo y medieval que considera que el cosmos se ordena hacia la belleza y el bien. Esta *kalokagathía* le permite a Kant afirmar que cuando contemplamos la belleza de la naturaleza nos liberamos de los afanes de la vida y contemplamos la naturaleza como una unidad armónica, como si nos fuera entregada conforme a este orden y armonía, lo que vitaliza nuestras facultades y nos muestra el mundo como si tuviera una finalidad, lo que proporcionaría un sentido a la vida del contemplador. Kant estaría en consonancia con lo que han afirmado repetidamente los filósofos cuando hablan de la importancia de contemplar la belleza para redimir el dolor y la pérdida de sentido que a veces se asoma en nuestra existencia. Sobre este apartado es mucho más explícito Kant en su periodo precrítico, cuando muestra la fascinación que le produce la contemplación armónica de la naturaleza. El amor y admiración que Kant sentía por la naturaleza se aprecia ya desde la *Historia general de la naturaleza y teoría de los cielos* (1755), donde afirma que “acostumbramos a observar y destacar en la naturaleza las armonías, la belleza, los fines y una proporción perfecta de los medios con respecto de estos”.¹¹

Kant no duda en ver una sabiduría divina que se manifiesta en las leyes naturales, un orden y finalidad en la naturaleza, y aun cuando en su periodo crítico tomó distancia del dogmatismo con que hizo estas afirmaciones, no dejó de considerar en su periodo crítico la necesidad

¹¹ NTH AA 01: 222-3.

de pensar y aceptar —de forma crítica— la finalidad y un designio divino en el orden natural, algo que merece ponerse de relieve, porque Kant no busca aquí romper con la concepción armónica de la naturaleza y del universo, sino más bien, tomar distancia de la visión mecanicista y ateística del mundo y ver siempre la naturaleza como la obra artística de una inteligencia suprema divina. En este periodo precrítico Kant afirma un tanto dogmáticamente que solo un necio y atrevido no vería tal belleza en el universo, y que es propio de una persona razonable captar este orden, a diferencia de las personas que consideran que es producto del azar y de la causalidad.¹² Esta apreciación de una naturaleza bella y ordenada vuelve a aparecer en las *Observaciones del sentimiento de lo bello y lo sublime*, una obra también del periodo precrítico en la que Kant considera que hay una relación entre la contemplación de la belleza de la naturaleza y la finalidad del universo. Aquí observamos a un Kant que alaba y aprecia como bellas las campiñas floridas, los valles con arroyos serpenteantes, cubiertos de rebaños pastando, las flores pequeñas y los jardines y árboles recortados en figuras. Kant es ante todo un gran admirador de la naturaleza bella y sus bondades.

Contrario a la visión utilitaria que mira la naturaleza como una maquinaria ciega que funciona al azar, Kant invita a contemplar la naturaleza y admirarse de su orden, que nos lleva a pensar que sigue una finalidad, un ordenamiento que va más allá de una mera función mecánica. Por su belleza, la naturaleza se asemeja mucho más a la forma como se producen las obras de arte. Kant cita lo maravilloso que es observar el orden del universo, como si viéramos en ella una obra perfecta, algo que persistirá aún en su pensamiento crítico. Su admiración por la naturaleza lo hace ver que tiene una relación perfecta de los medios consigo mismos, le admira el acuerdo, la finalidad, la relación perfecta de los medios de la naturaleza que armonizan y que se ordenan de forma bella. Por esto afirma que contemplar el cumplimiento con el que se dirige la naturaleza nos lleva a pensar que toda la variedad del universo es ordenada por una inteligencia divina:

¿Cómo sería posible que cosas de diferente naturaleza, reunidas entre sí, tratasen de producir coincidencias y bellezas tan excelsas y hasta a favor

¹² *Ibid.*, 01: 331.

de objetos que se hallan en cierto sentido fuera de la órbita de la materia muerta, tal como los hombres y los animales, si ellas no reconociesen un origen común, es decir, una razón infinita en la cual se hallan proyectadas en su mutua relación las propiedades esenciales de todas las cosas?¹³

Esta visión kantiana permite reflexionar y profundizar en el papel que tiene la contemplación del paisaje para el fortalecimiento del ánimo y espíritu, que desemboca en una visión más optimista de la naturaleza. No en vano en la psiquiatría y la psicología se ha hecho recientemente hincapié en la contemplación de la naturaleza, los recorridos y paseos por los bosques y los prados como una fuente de salud, porque revitalizan y permiten contemplar la vida propia como dotada de un sentido. Aprender a contemplar la naturaleza ejercita y pone nuestra finalidad en las cosas —afirma Kant—, y con esto se fortalece el espíritu de optimismo que es característico de su filosofía. De igual manera, la contaminación y la destrucción de la naturaleza debilitan el sentido de la vida de quienes viven en ciudades que han aniquilado el paisaje, algo para considerar en una época en que se vislumbra la depresión como la pandemia del siglo XXI.

El gusto como un vínculo con los demás seres humanos

La filosofía del gusto de Kant daría también una interpretación sobre el diagnóstico que da Mumford de la época Paleotécnica en que el sentido de la vida disminuye todo tipo de vinculación humana. La atomización a que se reduce al ser humano en esa época y la soledad en la que se sume, además de limitarlo al puro trabajo, tiene una repercusión en la vida estética. Esa degradación de la naturaleza y del ser humano que inició con la Revolución Industrial y de la que vemos aún sus consecuencias, no solo fue la responsable de la destrucción del medio ambiente y su belleza, sino que también degradó la humanidad del ser humano a causa de su explotación laboral, los bajos salarios, la atomización de sus relaciones que lo llevaron a atender contra su tiempo y libre y ocio

¹³ *Ibid.*, 01: 225.

y que lo hicieron un hombre aislado, desligado del mundo social, que pierde los vínculos sociales así como el deseo de embellecer los espacios, de cultivar el gusto que invita a establecer vínculos con los demás.¹⁴ Cuando vivimos en sociedad aflora el sentido del gusto y el deseo de embellecer nuestro entorno. Kant habla de la facultad del gusto como esa “facultad de juzgar todo aquello mediante lo cual se puede comunicar incluso su sentimiento a cualquier otro, y, por tanto, como medio de impulso para lo que la inclinación natural que cada uno desea”.¹⁵ Se trata de un interés propio de quienes adornan y embellecen sus espacios, lo que está relacionado con el comienzo de una civilización, y cuyas raíces proceden de esa cualidad humana por querer comunicar el placer a los demás, que también llama la “comunicabilidad universal”, propio del arte y la cultura. De ahí la necesidad por la recuperación de la contemplación de la belleza y del uso del tiempo libre, que permitiría fortalecer la vida comunitaria y el vínculo con los demás.

La belleza del paisaje como camino para el sentimiento moral

170 El paisaje natural y su contemplación tiene mucho más valor del que a veces pensamos, al menos para la filosofía de Kant. La contemplación del paisaje confiere un sentido a la vida de las personas, aporta sentido y optimismo al ser humano, fascinación por comprender un orden y fortalecer la finalidad. La contemplación del paisaje establece también lazos entre los seres humanos y funda un mundo cultural y social por medio del sentido común. La naturaleza y su contemplación son un sendero para fomentar el sentimiento moral.

¹⁴ Sobre esto dice Kant: “Por sí solo, un hombre abandonado en una isla desierta, ni adornaría su cabeza ni su persona, ni buscaría flores, ni menos las plantaría para adornarse con ellas; solo en sociedad se le ocurre, no solo ser hombre, sino, a su manera, ser un hombre fino (comienzo de la civilización), pues como tal es juzgado quien tiene inclinación y habilidad para comunicar su placer a los demás y quien no se satisface con un objeto cuando no puede sentir la satisfacción en el mismo en comunidad con otros hombres [...]. aunque el placer que cada uno tiene en semejante objeto es de poca importancia, y por sí, sin interés notable, sin embargo, la idea de su comunicabilidad universal agranda casi infinitamente su valor.” KU AA 05: 162/164).

¹⁵ *Ibid.*, 05: 297.

La filosofía moral de Kant se enmarca en dos ejes: por un lado, mirar por la dignidad de la persona y verla como un fin en sí misma y no como un medio; y por otro, hacer de nuestros actos morales, acciones que busquen desinteresadamente el bien, sin importar el beneficio o perjuicio que pudiera tener nuestro actuar. Es una moral alejada del pragmatismo y centrada en la autonomía del obrar sin interés para orientarse en la búsqueda de la realización de los fines. Es una moral que invita a poner la mirada más allá del mundo empírico, la utilidad y el pragmatismo. No es fácil penetrar en este reino inteligible, pues estamos más volcados al mundo empírico, a lo agradable o desagradable de buscar nuestra propia felicidad.

Algo similar sucede con la contemplación de la naturaleza cuando tenemos un juicio de gusto puro, al ver las formas bellas naturales llamadas “bellezas libres”, es decir bellezas de las que no sabemos bien que son y no hay ningún concepto rector que nos guíe sobre cómo deben ser (lo que sería una belleza adherente). En la contemplación de la belleza libre el sujeto aprecia las formas bellas de forma inmediata y por sí misma, con desinterés, sin ser guiado más que por su sentimiento de forma autónoma, y por tanto, libre. Se trata de un sentimiento que por originarse en las regiones superiores del espíritu, goza de una universalidad que no tiene la experiencia sensible. Es una forma de contemplar muy similar a los juicios morales, que también son autónomos y libres, desinteresados y universales. Por esto Kant puede explicar por qué la contemplación de la naturaleza tiene el poder de despertar un sentimiento moral en nosotros. Cuando esto es así, cambia la visión de la naturaleza, porque se la contempla como si nos manifestara algo, lo que nos lleva a sentir como si la naturaleza nos estuviera hablando y comunicando, en un lenguaje cifrado, “alegría”, “inocencia”, “afabilidad”, etc., como si hubiera hecho toda su belleza para nosotros. Esta reflexión sobre la belleza natural y el juicio de gusto puro llevan a Kant a concluir que toda contemplación de la naturaleza bella es susceptible de despertar un sentimiento moral en su contemplador:

Decimos de edificios y árboles que son mayestáticos, soberbios, o de praderas que son risueñas y alegres; hasta los colores son llamados inocentes, modestos, tiernos, porque excitan sensaciones que encierran algo análogo

a la consciencia de un estado de espíritu producido por juicios morales. El gusto hace posible, por decirlo así, el tránsito del encanto sensible al interés moral habitual, sin un salto demasiado violento, al representar la imaginación también en su libertad, como determinable conformemente a un fin para el entendimiento, y enseña a encontrar, hasta en objetos de los sentidos, una libre satisfacción, también sin encanto sensible.¹⁶

Ante la belleza, los seres humanos nos liberamos de la cotidianidad y el afán de la vida diaria, para adentrarnos en las regiones de la libertad. En la contemplación de la belleza prevalece un respeto entre el sujeto contemplador y la cosa contemplada. En un mundo que por momentos ve en la naturaleza un deseo pragmático de uso para enriquecimiento, acercarse a ella por la belleza eleva al ser humano y a la naturaleza misma a una dimensión mayor. Quien sabe apreciar la belleza, sabe contemplarla y no ve en ella únicamente un placer utilitario, un interés de apropiarse y manipular el objeto, sacar provecho de él. Quien tiene buen gusto, sabe contemplar la naturaleza y se acerca a ella con respeto y gusta de ella, sin buscar poseerla y mucho menos destruirla. En un mundo donde prevalece la relación por pragmática, utilitaria y explotadora del paisaje y del ser humano, un mundo donde la belleza natural es destruida fácilmente y donde la moralidad vive adormilada o dopada, la revitalización del paisaje natural y su belleza merece la pena considerarse. Al caminante de Königsberg le gustaba emprender recorridos contemplativos de la naturaleza. Sus reflexiones sobre la belleza natural refuerzan el provecho que obtenemos al contemplar el paisaje natural y la necesidad de conservar una naturaleza y respetarla en un mundo donde privan los intereses económicos y utilitarios, que no son suficientes para darle dignidad a la naturaleza ni al ser humano.

¹⁶ *Ibid.*, 05: 256-257/260.